J. de J. Jimenez

NOTICIAS BIOGRAFICAS

DEL SR. DON

JOSE DE JESUS JIMENEZ,

Profesor de Filosofia

en el Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba.

EL carácter de esta publicación, con más especialidad consagrada á proporcionar á los miembros de la Sociedad "Sánchez Oropesa" lecturas que á la par que útiles y provechosas, les proporcionen grato entretenimiento, y mantengan en ellos vivo el sentimiento de gratitud al Colegio en que recibieron la enseñanza, nos obliga á escribir estas breves líneas, que creemos serán leídas con interés por todos los que conocieron y trataron á la persona, cuya modesta vida intentamos bosquejar.

Más que una biografía para la cual no se encuentra matera suficiente en la humilde existencia del hombre honrado y estudioso que consagró toda la actividad de su espíritu al estudio de las ciencias, las presentes líneas serán la relación sencilla y verídica

de los trabajos y vicisitudes de quien, nacido y creado en una posición tan pobre que llegaba á los lindes de la miseria, supo por sus talentos, no menos que por la nobleza de su carácter, conquistarse un puesto honroso en la sociedad, devolviendo, con usura, á las nuevas generaciones, el bien inestimable de la enseñanza, que en este Colegio recibió. Su ejemplo podrá ser provechoso á muchos jóvenes que se encuentren en las mismas ó análogas circunstancias.

El Sr. Jiménez nació en la ciudad de Orizaba por los años de 1835 á 1836, de una familia honrada, pero de escasísimos recursos. Siendo numerosa, no contaba para la satisfacción de sus necesidades, sino con las mezquinas ganancias que un padre anciano podía proporcionarse con la venta de billetes de lotería y de algunos objetos de escasísimo valor. Fué, pues, necesario, que el Sr. Jiménez recibiera las primeras nociones del saber en una escuela municipal, adonde por aquel entonces, sólo concurrían los niños sumamente pobres, siendo su maestro de primeras letras el Sr. D. Plutarco Amador, persona que vive todavía, y á quien siempre mostró un respeto sincero y merecido. En aquel tiempo aun no se establecía la costumbre de que los alumnos de las escuelas se examinasen al fin de año, ni se premiaban sus

adelantos, siendo, además de esto, tan limitada la enseñanza, que no pasaba de la lectura, escritura, las primeras operaciones de la aritmética y la doctrina cristiana. El talento precoz del nuevo alumno, no pudo ser estimado, ni éste distinguirse entre sus compañeros, por falta de un campo más vasto donde pudiera hacerse conocer.

Quiso, sin embargo, la buena suerte de Jiménez que en sus primeros años, hubiese tenido la ocasión de trabar relaciones con el Sr. Presbítero Lic. D. Francisco Javier Pineda, sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri, y más tarde Provisor del Obispado de Veracruz, quien estimando en lo que valía su precoz inteligencia, disuadió á sus padres del proyecto que habían formado de dedicarle á otras ocupaciones, influyendo para que aquel siguiese la carrera de los estudios, Recomendado por este respetable sacerdote, que llevó su bondad hasta proporcionarle los libros que por su pobreza no podía adquirir, entró Jiménez á estudiar la Gramática latina en el Colegio de Orizaba, á principios del año de 1848.

Según se vé por los libros del Colegio, hizo en un solo año todo el curso de latín, que entonces se hacía en dos, habiéndose examinado de toda la Gramática en Noviembre del mismo año, y alcanzado muy

honrosa calificación. Desde entonces comenzó á conquistarse la fama de inteligente y estudioso que no desmereció después en todo el curso de sus estudios. La calificación que en este primer examen mereció fué la siguiente: "Muy aprovechado, con inteligencia é instrucción, recomendable por su aplicación y designado para tener examen público."

En el año siguiente de 1849 abrió curso de Artes, como entonces se decía, estudiando en los tres años de reglamento las materias señaladas por la ley, distinguiéndose en todos sus exámenes por su notable penetración, hasta el punto de ser considerado por todos como el primero entre los estudiantes de su época. Su conducta, además, era intachable, y grande á la par que merecido el aprecio que le dispensaban todos los superiores del establecimiento.

Ya por entonces comenzaron á bosquejarse los primeros rasgos de su carácter intelectual y moral. Una inteligencia clara, menos vasta que profunda; una imaginación poderosísima, hasta llegar por el exceso de su poder á convertirse en enfermiza y desarreglada; un corazón por demás sensible, acobardado y medroso por el continuo sufrir; sentimientos nobles y levantados que le hacían ver con disgusto toda acción baja

y mezquina: estas fueron las cualidades que hicieron tan estimable, desde sus primeros años, á la persona cuya vida nos hemos propuesto dar á conocer.

Desgraciadamente la amargura y el sufrimiento que si bien en una cierta medida sirven para fortalecer y templar las almas privilegiadas, cuando son extremados, pueden envenenar y dañar los más puros sentimientos.

Algo de esto pasó con Jiménez. Dotado de un carácter independiente y altivo, alguna vez se rebeló contra la disciplina demasiado severa, y no siempre juiciosa y prudente á que la inteligencia de los jóvenes se hallaba por aquel entonces sometida; luchando sin cesar con la miseria, más de una vez se levantaron en su corazón tempestades de odio que hubieran estallado de una manera terrible si no hubiese tenido al lado suyo personas bondadosas que le ayudasen á vencer estas rudas pruebas de la vida. ¡Cosa extraña! En la edad en que otros niños no piensan sino en juegos y fútiles entretenimientos, Jiménez, dominado por una melancolía letal, que era como el presentimiento de su infausto destino, no hacía otra cosa sino estudiar y llorar; estudiar de noche á la luz de los faroles del alumbrado público, porque su pobreza era tan grande que no

le permitía disponer de una mala lámpara en el interior de su casa; llorar, sin que él mismo pudiese explicar la causa de su llanto. Por esta época le conocimos y los hechos que referimos fueron harto sabidos por todos los estudiantes de aquel tiempo. Desde entonces comenzaron á notarse en él esos rasgos de amarga ironía, que aunque moderados por la bondad de su alma, conservó hasta los últimos años de su vida.

Su carácter fogoso y apasionado, le impelió á dirigir por entonces todo el ardor y la actividad de su espíritu á la consecución de un solo objeto: apartarse para siempre del mundo y dedicarse exclusivamente al estudio y á la práctica de la virtud en los claustros de un convento. Jiménez se apasionó á los catorce ó quince años, de la vida religiosa, como se apasiona un joven, á los veinte, de una mujer hermosa. Su anciano padre le recogió más de una vez, de los umbrales de la portería de San José de Gracia, donde permanecía ya muy entrada la noche, llorando y lamentándose de que no se le concediese la licencia necesaria para esconderse en la obscuridad del claustro.

Aquello, más que una vocación, parecía una enfermedad nacida de cierto desequilibrio de sus facultades mentales.

El desarreglo de su imaginación le hacía ver en aquella vida, á su parecer tranquila y sosegada, en comunicación íntima y contínua con Dios, una fuente inagotable de purísimos placeres.

Fué necesaria toda la prudencia del Rector del Colegio, eficazmente auxiliada por los consejos de otras personas, y por el gran cariño de sus padres, para lograr, no ya que Jiménez prescindiese por completo de su propósito, sino que emplazara la realización de él para cuando, teniendo más edad, pudiese comprender mejor la magnitud del sacrificio que trataba de imponerse. Justo es decir que los que tomaron mayor parte en disuadirle de su empeño, fueron las mismas personas que, encargadas de la dirección de su conciencia, mayor interés tenían en que se mantuviese vivo su fervor religioso.

Tal fervor no decayó por esta primera contrariedad, aunque le costó mucho esfuerzo sobreponerse á lo que él inconsideradamente veía entonces, como un llamamiento del cielo. Apenas terminó su curso de Filosofía en el año de 1851, cuando abriéndose un camino por sus solos esfuerzos, consiguió que se le admitiese, sin estipendio alguno, en el Seminario de Puebla á seguir le carrera de Teología.

Esta fué, quizá la época más amarga de su vida. Encontrándose allí, lejos de su familia, desprovisto hasta de los más mezquinos recursos, sin los amigos de su infancia, atormentado por esa sed inextinguible de saber, y comenzando entonces á despertarse en su pecho todas las pasiones propias de la juventud, su carácter sufrió notables aunque pasajeras transformaciones. Todas sus pasiones harto tiempo dormidas, estallaron á la vez. Se rebeló contra la disciplina del colegio; se hizo irrespetuoso con sus superiores, altivo y desdeñoso con sus compañeros; y su permanencia en aquel establecimiento de enseñanza, cuyo recuerdo todavía después de muchos años le llenaba de tristeza, llegó á ser imposible. Solo uno que otro nombre, el de alguno de sus maestros ó condiscípulos que se habían compadecido de su desgracia, recordaba después con ternura.

No hay exageración en lo que decimos. Nosotros, á quienes tocó ver muy de cerca las desgracias que turbaron los primeros años de su juventud, pudimos medir hasta qué punto le hacía sufrir el desarreglo de su imaginación. Por estos días se manifestaron en él los primeros síntomas de una enfermedad del corazón, que según la opi-

nión de los facultativos, no le dejaría vivir mucho tiempo.

Separado del Colegio Seminario de Puebla, donde se conservaba hasta hace pocos años todavía el recuerdo de la fama que alcanzó como estudiante de notable talento, y desengañado de que su pretendida vocación por el estado eclesiástico no había sido otra cosa sino el delirio de una imaginación exaltada hubo de reducirse Jiménez á vivir miserablemente en esta ciudad, al lado de sus padres, sin encontrar carrera ú ocupación que fuese de su agrado. Vagaba distraído por las calles, pálido, enfermizo, mal vestido, excitando la compasión de cuantos le veían, y más si tenían noticia de su clara inteligencia, y del provecho que de él pudieran sacar su familia y la sociedad. La lectura era su única distracción, pero aun en ella encontraba nuevos tormentos, porque dedicándose, de preferencia, como es natural en la edad de la juventud, á la lectura de novelas y poesías, su fantasía se exaltaba cada vez más, alejándose de las realidades de la vida para entregarse á los delirios de una imaginación extraviada. Por fortuna en este periodo crítico de su vida, no le abandonaron ni las creencias religiosas que había recibido en su niñez, ni el gusto que siempre mostró por los estudios serios.

Debido á las primeras, rechazó la idea del suicidio, que más de una vez vino á presentársele como el único medio de salvarse de las garras de la miseria y el infortunio, y gracias á los segundos, adquirió una instrucción notable, sobre todo en materias filosóficas y en ciencias sociales.

Los sermones de Masillon, obras maestras de elocuencia sagrada, las obras de Lamenais por quien tenía particular predilección, así como los escritos de Guizot, Cousin, Chateaubriand, Lamartine y otros filósofos, historiadores y literatos franceses, formaban sus lecturas favoritas.

La muerte de sus padres, acontecida en un breve espacio de tiempo, vino como á sacarle del estado de estupor en que se hallaba. Se encontró pobre, sin oficio, sin carrera, sin salud, sin recursos de ningún género y con la obligación de constituirse, en jefe de una familia, atendiendo á la subsistencia de sus hermanos menores, entre los cuales sólo uno era varón.

Esta imperiosa necesidad le obligó á abrirse un camino para vivir, dedicándose á la enseñanza.

En la posición más modesta que puede imaginarse, encargado de la dirección de una Escuela de primeras letras, olvidado de muchos y tal vez despreciado de no po-

cos, aquejado siempre por la enfermedad que padecía, continuó su amarga vida, sin olvidar el estudio, ansiando siempre por alcanzar una felicidad que no le había sido dado vislumbrar ni siquiera de lejos. En esta época de su vida comenzó á escribir algo serio, algo que no fueran ya los locos desvaríos de su imaginación. Lo que escribió, era no obstante, tan sentido, tan triste, tan amargo, como su existencia; y más de una vez alguno de los que entonces éramos jóvenes, y nos reuníamos en su casa, con pretexto de nuestras aficiones literarias, no pudimos contener las lágrimas al escucharle.

En aquellas malaventuradas reuniones, donde seis ó siete jóvenes nos congregábamos, llenos de ilusiones y de entusiasmo por el estudio de las bellas letras, aun á riesgo de que unos nos tuvieran por locos, y otros por perturbadores del órden público (1), sin maestros que nos guiaran, ni persona de algún respeto que por lo menos nos redujese al orden, la voz de Jiménez era siempre escuchada con religiosa atención, y todos nos empeñábamos en inspirarle aliento y darle valor para que cultivase los es-

(1) Esto pasaba por los años de 58 á 59, durante lo más terrible de la guerra llamada de Reforma La exaltación de los partidos políticos era tanta, que no faltó quien denunciase á la autoridad nuestras reuniones por creernos contaminados con las ideas liberales.

tudios á que se sentía llamado. Había en nuestro entusiasmo algo de admiración por la superioridad de su talento, y mucho de compasión por su infortunio.

Así pasaron algunos años, hasta el de 1863 que fué nombrado Jiménez, profesor de gramática española, y principios de literatura en el Colegio de esta ciudad. Ya desde años antes debió haber ocupado la cátedra de filosofía, á cuyo estudio se había dedicado con particular empeño; pero un rasgo de su carácter delicado y generoso le hizo privarse de este beneficio, no obstante su extremada pobreza (1).

Jiménez desempeñó los deberes de su encargo con inteligencia, eficacia y un tino especial, que puso de manifiesto cuán útil había de ser en lo sucesivo para la enseñanza de la juventud. Desde entonces fué considerado como uno de los Profesores más respetables del Colegio, y su opinión en todo lo que al régimen y gobierno de éste se refería, fué siempre tenida en grande

[1] Complácenos consignar aquí este rasgo del carácter de Jiménez para darle á conocer á nuestros lectores y como una prueba de nuestra gratitud personal. Por el año de 1856, siendo Rector del Colegio el Sr. D. Alberto López, se abrió una oposición para proveer la cátedra de Filosofía que estaba vacante: Jiménez no quiso oponerse á ella, no obstante que se hallaba en la mayor prbreza, para que la obtuviera el que esto escribe, amigo suyo desde la infancia, menos capaz que él, y que aunque pobre, contaba con otros elementos para vivir.

estima por el Rector de aquella época, como lo fué después por los Rectores que á éste sucedieron.

Más tarde y después de una separación temporal, por causa de los cambios políticos cuya influencia se hacía sentir en el Colegio, fué llamado Jiménez de nuevo á desempeñar la cátedra de Filosofía, para la cual tenía aptitudes especiales. Talento especulativo, más que práctico, veía con horror las ciencias matemáticas; pero se extasiaba con la lectura de las doctrinas filosóficas estudiando á conciencia y con completa libertad de espíritu, todas las teorías y todas las opiniones, desde las sutilezas de la escolástica hasta las doctrinas del buen sentido de la moderna filosofía escocesa. Tenía una verdadera pasión por este género de estudios, y como cuando una pasión le dominaba, le dominaba por completo, en el período en que tuvo á su cargo esta enseñanza, se entregó al estudio con un ardor que hizo no poco daño á su salud, y perjudicó un tanto á la claridad de su juicio, haciendo que su mente se perdiere en las nebulosidades de la filosofía alemana.

De algunos años atrás, varios de los amigos de Jiménez, que le quisieron bien y que sentían un verdadero pesar, al ver que la actividad de su inteligencia se gastaba inú-

tilmente en especulaciones metafísicas, sin que su posición pecunaria mejorase en lo más mínimo, le habían aconsejado que se dedicase al estudio de la Jurisprudencia para seguir la carrera del foro. Todo había sido en vano; reconocía lo juicioso de estas reflexiones; mas aun, encontrándose ya casado y con hijos pequeños, comprendía que era de su obligación asegurar siquiera, adquiriendo la posición independiente que sólo una profesión podría darle, los cortos recursos con que contaba para cubrir las necesidades de su familia; pero uno de los rasgos más notables de su carácter era una debilidad moral que le hacía incapaz de vencer sus propias inclinaciones. "¡Qué desgraciado soy!—decía algunas veces.—Conozco que debo ocuparme de los asuntos de la vida real porque tenga obligaciones que cumplir, y sin embargo no puedo dejar de entregarme á mis cabilosidades; ciertas ideas acerca del origen y del fin del hombre, del bien y del mal me atormentan como una pesadilla; no puedo echar de mi cerebro estas ideas que consumen mis fuerzas y que acabarán con mi vida.»

Una circunstancia casual y que prueba al mismo tiempo la influencia que en el ánimo de Jiménez tenía el sentimiento de la amistad, vino no obstante, á cambiar sus deter-

minaciones. Jiménez había estudiado sólo por afición y nunca con la idea de ser abogado, todas las cuestiones de derecho que se relacionan con las teorías filosóficas y forman parte de las ciencias sociales. Lo que hoy se llama Filosofía del Derecho, el Derecho político constitucional, la Historia, la Economía política, los Principios de la Legislación; nada de esto era desconocido para él, y como á una clara inteligencia unía una felicísima memoria, había sacado de todos estos estudios grandísimo provecho. Sólo el derecho civil, lo que podríamos llamar la parte *técnica* de la ciencia, le era antipática y aborrecible.

Cuando se abrieron nuevamente en este colegio por los años de 69 á 70 las cátedras de Jurisprudencia, que habían estado cerradas por algunos años, el que esto escribe hubo de tomarlas bajo su dirección. Esta sola circunstancia, el hecho solo de darse la enseñanza por un amigo y amigo íntimo de Jiménez, le hizo cambiar de propósito. En poco más de un año, con aquel tesón que él ponía en la consecución de un proyecto, y aquel incansable afán de saber que le hacía sacrificar su bienestar y su salud, Jiménez se puso en aptitud de sujetarse á examen de abogado.

Vencidas algunas dificultades provenien-

tes de la falta de recursos, porque Jiménez en toda su vida logró ver cien pesos juntos, se dirigió á Jalapa, lugar de la residencia del H. Tribunal de Justicia del Estado, y después de los exámenes de reglamento, á los cuales fué admitido á título de suficiencia por no haber hecho los cursos académicos, obtuvo el título de abogado, expedido por el Gobierno del Estado con fecha 14 de Agosto de 1874.

Los aplausos que mereció en ambos exámenes y la reputación que adquirió por su talento y conocimientos, le conquistaron un puesto envidiable en la consideración de las personas más caracterizadas del Estado de Veracruz. No habían pasado muchos meses de su recepción cuando se vió postulado para Magistrado del H. Tribunal Superior para el período constitucional que debía comenzar en Diciembre de 1875.

Poco después de su recepción y antes de que se verificasen las elecciones, á principios del año de 74, se había transladado el Sr. Jiménez á Córdoba á servir una cátedra en aquel colegio, porque lo precario de los sueldos en este de Orizaba y el poco caso que hacía de su nueva profesión, era causa de que no contase sino con recursos pecuniarios muy mezquinos y del todo insuficientes para atender á las necesidades de su fa-

milia ya bastante numerosa. No se separó sin pena de un establecimiento en el cual había hecho su carrera literaria, á cuyos progresos había eficazmente contribuído como uno de los Profesores más beneméritos, y en el que dejaba numerosos amigos y condiscípulos que siempre le mostraron el más cordial afecto.

Hubo, empero, de someterse á esta nueva necesidad que su situación precaria le imponía, encontrando una grata compensación en el aprecio y estimación que se le mostró en Córdoba. Allí recibió la noticia de haber resultado electo por mayoría de 22482 votos para 5°. Magistrado Propietario del H. Tribunal de Justicia del Estado, (1) y cuando la suerte, cansada de perseguirlo, parecía mostrarse con él menos esquiva, abriendo un campo más vasto á su talento, colocándolo en una posición á que tenía derecho de aspirar por su inteligencia y honradez, y mejorando su posición pecuniaria hasta entonces tan miserable, hubo de morir el día 9 de Noviembre del año de 1875, víctima de la epidemia del vómito, que en ese año hizo tantos estragos en la ciudad Córdoba.

---

[1] Declaración de la H. Legislatura del Estado, contenida en el decreto núm. 6 de 11 de Octubre de 1875.

Su muerte fué universalmente sentida en aquella población, y en Orizaba causó una consternación general entre todos los que tuvieron el gusto de conocerlo y ocasión de apreciar sus notables cualidades.

La reflexión que á todos ocurría de haber muerto en los momentos en que su suerte parecía haber cambiado, las tristes circunstancias en que se verificó su fallecimiento, (1) y la orfandad y la miseria á que quedaban reducidos sus tiernos hijos, fueron otros tantos motivos que aumentaron el dolor de sus verdaderos amigos, confirmando el juicio que se habían formado de que Jiménez había nacido predestinado para la desgracia.

Por fortuna el Estado quiso premiar en los hijos, los méritos del padre y cinco años después la H. Legislatura por su decreto núm. 54 de 13 de Octubre de 1880 concedió una, aunque pequeña pensión, á los hijos del C. José de Jesús Jiménez.

Hasta aquí hemos dado una idea aunque ligera de la vida de una persona con quien vivimos unidos por los vínculos de una amistad tan íntima como durable, que co-

[1] Al morir Jiménez, varias personas de su familia estaban atacadas de la misma enfermedad. Un hijo pequeño suyo murió al siguiente día y los demás escaparon felizmente.

menzó en el Colegio, y no terminó sino con su muerte.

Veamos, ahora, cómo los rasgos de su fisonomía moral se reflejan, por decirlo así, en sus escritos, de los cuales citaremos algunos entre los pocos que de él nos han quedado.

II

Tarea ardua y á la par penosa nos hemos impuesto al ofrecer á nuestros lectores en la parte final de nuestro artículo anterior, que en el presente nos ocuparíamos en estudiar los pocos escritos del Sr. Jiménez que se han salvado del olvido; y esta tarea es ardua, porque exige de nuestra parte una fuerza de atención superior á la que podemos tener, dedicados, como nos encontramos, á ocupaciones de otro género; y penosa, porque habiendo conocido íntimamente lo que pudiéramos llamar la vida intelectual del Sr. Jiménez, las constantes angustias de su espíritu, aquel incesante batallar de su mente, siempre inquieta y desasosegada, en presencia de los grandes y aterradores problemas de la vida, cada página que leemos de sus escritos, es para nosotros como un grito de dolor y de angustia salido de lo íntimo de su corazón. Si hubié-

ramos de decir en una sola palabra el juicio que tenemos formado de los escritos del Sr. Jiménez, diríamos, que más que por su forma literaria los recomendamos á nuestros lectores por la *verdad* y la *sinceridad* de los afectos que expresan. Nada hay en ellos que demuestre el esfuerzo del escritor, porque Jiménez escribía lo que pensaba y lo que sentía y de la manera que su mente lo concebía ó lo sentía su corazón. En este sentido creemos que respecto á él puede tener su más exacta aplicación la célebre sentencia de Buffon: "el estilo es el hombre mismo."

Felizmente para el Sr. Jiménez, tocóle en suerte vivir en una época que aunque no lejana de la presente, conservaba con mayor integridad que ésta, el tesoro de fe heredado de nuestros padres. Tocóle también una época en la cual, á lo menos entre nosotros, prevalecían las doctrinas de la Filosofía espiritualista llamada ecléctica, enseñada en Francia por Royerd Collard, Cousin y otros distinguidos filósofos, sin que en aquellos días fuesen conocidas las teorías positivistas que tanto ruido están haciendo en la época presente. Hombre más bien de imaginación y de sentimiento que de razón fría y calculadora, poca mella creemos que hubieran hecho en su espíritu,

las doctrinas de la escuela que hoy se llama científica; pero con todo, no es fácil calcular á qué extremo le hubiera conducido, si por acaso hubiese llegado á aceptar la negación, ó si se quiere, la eliminación de las verdades metafísicas, que él veía, y que son realmente para los hombres de su temperamento, la única áncora de salvación en medio de las agitaciones de su espíritu. El problema filosófico no era para él como para tantos otros, objeto de pura curiosidad; era la ocupación constante de su mente, la regla de su conducta, lo único que podía llenar el vacío de su existencia, derramando en ella consuelos y esperanzas ó engendrando la desesperación más espantosa.

Recibiendo, pues, la inteligencia de Jiménez esta doble influencia de la fe y de la filosofía espiritualista, revela en todos sus escritos una convicción de las verdades que proclama, tanto más arraigada en su alma cuanto que no llegó á formarse sino después de luchas dolorosas en el interior de su conciencia. Recordamos con este motivo, que aquel pasaje tristemente célebre del filósofo Teodoro Jouffroy, cuando abandonó la fe de sus padres, le llenaba de congoja y de amargura. (1)

[1] Teodore Jouffroy.--Nouveaux Melanges philosophiques.